

“Juntos somos más”

Presentación de los Encuentros de Misión Compartida

Elías Royón, sj
Coordinador de las Jornadas
Vicario Episcopal para la Vida Consagrada
de la Archidiócesis de Madrid

RESUMEN: Hasta el momento la CONFER ha organizado tres encuentros de laicos y religiosos para tratar de la “misión compartida”. Con ellos se ha hecho eclesialmente visibles a los laicos que comparten espiritualidad y misión con los consagrados. También se ha reflexionado sobre lo que esta misión compartida, que constituye parte sustantiva del apostolado laical en las Iglesias particulares, supone para el futuro. Se trata de una vocación de compartir el carisma y la espiritualidad de una familia religiosa y su misión apostólica. Finalmente se apuntan varios retos teológicos y pastorales.

PALABRAS CLAVE: Carisma, Espiritualidad, Familia religiosa, Iglesia particular, Laicado.

“Together We Are More”. Presenting the Gatherings on Shared Mission

ABSTRACT: To this day CONFER has organized three gatherings of lay Christians and religious to deal with the so-called “shared mission”. In this way these lay men and women, who share a spirituality and a mission with members of Consecrated Life, have gained ecclesial visibility. The author reflects about the significance of this shared mission for the future, a mission that is a substantial part of the lay apostolate in every particular church. This lay aposto-



late is a vocation of sharing the charism, spirituality and apostolic mission of a religious family. Finally, some theological and pastoral challenges are suggested.

KEYWORDS: Charism, Spirituality, Religious Family, Particular Church, Laity.

II Encuentro (14 de marzo de 2015)

Hace casi exactamente un año, el 22 de marzo, en este mismo salón nos reuníamos más de un millar de laicos y religiosos en el I Encuentro de "laicos en misión compartida". También en aquella ocasión nos honraba la presidencia de Don Carlos Osoro, entonces Arzobispo de Valencia y que había sido invitado como Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado seglar; le agradecemos y le agradecemos hoy que, como Arzobispo de Madrid, haya tenido tanto interés en compartir esta Jornada con nosotros.

Entonces pretendíamos concienciar, reflexionar y visibilizar la *dimensión eclesial* del laicado que comparte la espiritualidad y la tarea evangelizadora de la vida consagrada. Unos laicos/as que en la vida profesional realizan su vocación cristiana desde la espiritualidad de las diversas familias religiosas, trabajen o no en sus instituciones. Tienen una vivencia firme de su fe, buena formación teológica y espiritual, con fuerte sentido de misión que llevan a cabo en casi todos los ámbitos apostólicos.

Recordemos que la iniciativa había surgido en CONFER al tomar conciencia de que quizás el aspecto de la eclesialidad de estos grupos era poco visible; son Iglesia y se sienten como tal, pero era necesario visibilizarlo. Su tarea es evangelizadora y misionera allí donde trabajan. Es cierto que, en su mayoría, no pertenecen a movimientos, ni a otro tipo de organizaciones, ni están encuadrados en estructuras diocesanas; pero eso no debe interpretarse como si no formaran parte substantiva de la Iglesia y de las Iglesias particulares, como la vida religiosa misma. Sería un grave error no solo de "forma" sino de fondo.

El éxito de participación y el interés mostrado en el Encuentro nos llevó al equipo coordinador a organizar esta nueva Jornada, que

estamos iniciando. Creíamos responder a las expectativas que existen si abriamos un camino de reflexión común sobre ámbitos importantes de la "misión compartida", con el fin de ayudarnos todos a vivirla con la mayor profundidad posible y a buscar, desde las diversas experiencias, respuestas a los interrogantes que emergen en las realidades que vivimos tanto laicos como religiosos.

El deseo de armonizar continuidad y novedad nos llevó a formular sus *objetivos y diseñar el perfil* de los participantes. Nos proponemos, pues, en esta ocasión, *reflexionar, evaluar y proyectar* sobre tres temas que nos afectan de manera particular: "*misión*", "*compartida*", "*futuro*". El año pasado el objetivo era, como acabo de mencionar, tomar conciencia, visibilizar y celebrar la dimensión eclesial de la misión compartida. En esta ocasión nos centraremos sobre la experiencia que vivimos en el día a día, con objeto de proyectar el futuro que el Señor nos pide en este momento eclesial. Si en la Jornada del año pasado dedicamos mucho tiempo a escuchar a "otros" que nos presentaban *quiénes somos y qué hacemos*, en esta, "todos" compartiremos nuestras propias experiencias, deseos e ilusiones de futuro.

Este formato más apto para conseguir los objetivos propuestos implicaba disminuir el número de los participantes y configurar, en algún modo diferente, su perfil. Creíamos que no deberían pasar de 300 los participantes, y ser los laicos/as más comprometidos en la "misión compartida" en los diversos Institutos religiosos; también consideramos dentro de este perfil a aquellos/as laicos y religiosos que están animando procesos iniciales. Una vez más, vuestro interés nos ha desbordado; en el plazo de inscripción de quince días se han inscrito los más de quinientos que estáis aquí. Nos sentimos agradecidos y contentos de prestar un servicio que responde a unas necesidades sentidas por más de cien congregaciones que están representadas en este salón.

Entendimos también, desde el primer momento, que los objetivos propuestos exigían la participación de los religiosos/as junto con los laicos, a fin de compartir experiencias comunes y proyectar caminos nuevos para "la misión compartida" en la común tarea evangelizadora; era, por tanto, muy importante la presencia de aquellos/as religiosos que tienen una cierta responsabilidad en lo relativo a la misión

compartida en sus respectivas congregaciones. También este deseo ha sido cumplido ampliamente; está presente una representación numerosa y significativa de las diversas familias religiosas.

No podemos olvidar en esta Jornada que estamos celebrando el Año de la Vida Consagrada por deseo expreso del papa Francisco. Como bien sabéis, en la carta apostólica que ha dirigido a todos los consagrados con este motivo el pasado 21 de noviembre [de 2014], se dirige también a los laicos en misión compartida con estas bien significativas palabras:

“Con esta carta me dirijo, además de a las personas consagradas, a los laicos que comparten con ellas ideales, espíritu y misión. Algunos Institutos religiosos tienen una larga tradición en este sentido, otros tienen una experiencia más reciente. En efecto, alrededor de cada familia religiosa (...) existe una familia más grande, la ‘familia carismática’, que comprende varios Institutos que se reconocen en el mismo carisma, y sobre todo cristianos laicos que se sienten llamados, precisamente en su condición laical, a participar en el mismo espíritu carismático.

También os animo a vosotros, fieles laicos, a vivir este Año de la Vida Consagrada como una gracia que os puede hacer más conscientes del don recibido. Celebradlo con toda la ‘familia’ para crecer y responder a las llamadas del Espíritu en la sociedad actual. En algunas ocasiones, cuando los consagrados de diversos Institutos se reúnan entre ellos este Año, procurad estar presentes también vosotros, como expresión del único don de Dios, con el fin de conocer las experiencias de otras familias carismáticas, de otros grupos laicos y enriqueceros y ayudaros recíprocamente” (III,1).

Acogemos con gozo estas palabras del Papa que, dirigiéndose a los consagrados en el Año de la Vida Consagrada, habla a los laicos de su integración en “familias carismáticas”, de participar del mismo espíritu y misión, de compartir las propias experiencias con otros grupos de laicos. Creo que es un gesto que nos enfrenta a laicos y religiosos a una seria responsabilidad eclesial, en orden a seguir profundizando en una realidad, la “misión compartida”, que debemos mirar con esperanza y exigencia en el marco evangelizador de la Iglesia comunión.



Misión compartida

Efectivamente desde hace varios años los Institutos de vida religiosa hemos introducido en nuestro lenguaje la expresión "misión compartida"; constatamos que ha entrado más como una evidencia que como un problema; responde a una realidad fácilmente verificable en tantas congregaciones; de aquí su gran éxito; se trata ya de una de las claves del gobierno, de la formación, de la visión y misión de las instituciones religiosas¹. No cabe duda que estamos ante un camino en cuyo recorrido no han faltado en el pasado desconfianzas e interpretaciones diversas, pero en estos momentos somos invitados a recorrerlo con confianza y decisión, conscientes de que requiere exigencias no siempre fáciles que implican a laicos y a religiosos. No es un proceso de simple "sustitución" de religiosos por laicos en las instituciones apostólicas, ni siquiera la de una mera "colaboración", ayuda o cooperación; se trata de toda una vida cristiana que se compromete en un proyecto nacido de una experiencia carismática, como son las congregaciones religiosas. Pero este proceso es también una historia cruzada por el impulso del Espíritu, que nace en el Concilio, que reconoce como una gracia de nuestro tiempo y una esperanza para el futuro, el que los laicos tomen "parte activa, consciente y responsable en la misión de la Iglesia" (*Christifideles laici*, 3). Una historia que muestra el modo como la vida religiosa está colaborando de una manera decisiva a que se haga realidad en la Iglesia este deseo del Concilio.

Diversos Institutos religiosos desde los años ochenta han ido incorporando a sus reflexiones, debates y textos legislativos declaraciones sobre "la misión compartida". Contamos también con textos del Magisterio como la exhortación *Vita consecrata* de san Juan Pablo II, donde se lee: "no pocos Institutos han llegado a la convicción de que *su carisma puede ser compartido con los laicos*. Estos son invitados por tanto a participar de manera más intensa en la espiritualidad y en la misión del Instituto mismo" (VC 54). No olvidemos que esta

¹ Cf. J. C. R. GARCÍA PAREDES, "En misión compartida desde la perspectiva del carisma": *Sal Terrae* 99, n° 1.157 (2011) 484.

exhortación pontificia es del año 1996, hace veinte años. Más recientemente la Congregación para la Educación Católica, en 2007, elaboró un importante documento cuyo título no puede ser más significativo al respecto: *Educar juntos en la escuela católica. Misión compartida de personas consagradas y fieles laicos*; en él se dice entre otras cosas: "El poder compartir la misma misión educativa en la pluralidad de personas, de vocaciones y de estados de vida es, sin duda, un aspecto importante de la escuela católica en su participación en la dinámica misionera de la Iglesia y en la apertura de la comunión eclesial hacia el mundo. En esta óptica, una primera y preciosa aportación viene dada por la comunión entre laicos y religiosos en la escuela"².

En la base de la misión compartida se encuentra la eclesiología de comunión del Concilio y su desarrollo posterior. Como consecuencia, podemos decir que en la actualidad no es posible hablar o escribir documentos sobre las "relaciones mutuas" entre Obispos y religiosos en la Iglesia o en las Iglesias particulares, sin contar con la realidad de la "misión compartida". Por eso, resulta poco comprensible que sea en el ámbito de las Iglesias locales donde esta presencia no tenga todavía la consideración de realidades plenamente diocesanas, y sean asumidas así por sus Pastores. Sin duda, y así deseamos que estos Encuentros nos ayuden a nosotros, religiosos y laicos, a sentir y vivir afectiva y efectivamente su dimensión eclesial; y a los Pastores a acogerla como parte substantiva del apostolado laical en sus Iglesias locales.

Misión

Es pues comprensible que en este II Encuentro hayamos privilegiado la reflexión sobre la "misión", junto con su determinación de "compartida", considerando no sólo su situación actual, sino también proyectando el "futuro" que nos garantiza el Espíritu. Toda la Jornada girará, pues, en torno a un trabajo de reflexión grupal sobre los tres temas, que recogerá la atención que en las semanas anteriores habéis

2 Cf. M. J. GUEVARA LLAGUNO - D. M. MOLINA, "Desafíos teológicos y pastorales de la misión compartida": *Sal Terrae* 99, nº 1.157 (2011) 470ss.

prestado a los materiales creados por el equipo coordinador. Al final de la tarde tendremos la oportunidad de compartir todos juntos las conclusiones de los diversos grupos.

Me vais a permitir algunas reflexiones sobre los tres temas indicados, como presentación, no solo “formal” del Encuentro.

Y en primer lugar, deseo subrayar que damos al término “misión” el contenido fuerte que tiene en la teología de la vida religiosa, y su consecuencia más inmediata: que la misión nace del don gratuito de una vocación. En el trípode vida religiosa - laicado - misión, es esta la importante. Es la razón de ser de la Iglesia, y por tanto de la vida religiosa y del laicado cristiano. La que da sentido y justifica la “misión compartida”; la que nos convoca, nos une y alienta en el vivir la fe y el trabajo de cada día. Laicos y religiosos colaboradores de una misión que no es nuestra, sino de Cristo que nos envía a través de la Iglesia. Estos laicos responden a esa llamada y a ese envío desde su vocación cristiana, es decir, desde la fuerza de la consagración bautismal y del compromiso que el bautismo entraña para todo cristiano; la viven en las tareas profesionales de las instituciones educativas, sociales, sanitarias, etc. de las diversas familias religiosas y alimentan su fe en su espiritualidad y carisma. Así como los religiosos la viven desde su vocación de especial consagración carismática. En la misión convergen la especificidad de la participación del laicado y la especificidad correspondiente de la vida religiosa. Misión compartida no es, pues, univocidad, sino espacio de diversidad y complementariedad apostólica. El Concilio nos recuerda que “en la Iglesia hay variedad de ministerios, pero unidad de misión” (*Apostolicam actuositatem*, 2). Podríamos resumir así la misión compartida: dos llamadas; un envío: evangelizar; un actor: el Espíritu; un horizonte: el mundo.

Su numerosa presencia, su formación, y la variedad de ámbitos en los que estos laicos evangelizan está mostrando que se trata de una presencia importante en la Iglesia, de la que no se puede prescindir en un momento eclesial como el que vivimos de exigencia de “salir” a la periferias, como insiste el papa Francisco. Todos somos necesarios en el anuncio del evangelio, y de un modo especial en los ámbitos culturales y de la marginación social donde están presentes tantos de estos

laicos y laicas. No todos ejercen su profesión en las instituciones y obras de los religiosos, pero sí tienen la misma conciencia de vivir su vocación cristiana compartiendo una espiritualidad y un carisma religioso.

Misión sí, pero "compartida"

Efectivamente, la misión se comparte, porque es única, la que el Señor en su Iglesia nos ha encomendado a laicos y religiosos. Y es admirable descubrirse como grupo enviado, como familia enviada por Aquel que fue enviado por su Padre: "como el Padre me envió así os envío yo a vosotros" (Jn 20,21). Compartimos la misión desde un don que a todos nos anima y potencia: el don de ser enviados, el don de la misión, que surge de la gracia de la llamada. "Llamó a los que quiso (...) para ser enviados" (Mc 3,14). Del don de la vocación cristiana que engendra el bautismo, en primer lugar, y el de la vocación a la familia religiosa.

Es por consiguiente una llamada del Espíritu lo que da derecho, por así decir, a compartir un peculiar carisma de una familia religiosa dentro de la Iglesia, y a actuarlo según un modo de proceder en la misión. La misión se comparte porque nace de la experiencia vocacional de unos y otros. Sin vocación, la misión compartida deviene mera colaboración por amistad o por simpatía en diversos trabajos, pero sin el rostro de una vocación carismática que proviene de Dios. Desde esta perspectiva vocacional se evitan varias confusiones posibles que pueden desvirtuar lo más genuino de la misión compartida. Así, en primer lugar, confundir los estados de vida, bien disolviendo la vida religiosa, o bien conduciendo al laicado a una mera reduplicación de la vida religiosa; o identificar "misión compartida" con trabajo compartido, aunque la misión implique trabajo; o la confusión de identificar la misión compartida con un voluntariado que ayuda gratuitamente a los Institutos religiosos³.

De esta vocación surge el compartir una espiritualidad en la que se vive y sustenta en todo momento la fe y la misión. La participación de los laicos en el legado espiritual de cada congregación es ya imagen

3 Cf. J. C. R. GARCÍA PAREDES, a.c., p. 490.

común y pacífica en muchas congregaciones. Y es necesario proseguir en esta vía de la formación para una auténtica participación de la espiritualidad de la familia carismática. Importa mucho que, además de la formación profesional, específica para la misión apostólica concreta, se insista en el conocimiento experiencial de los núcleos de la fe cristiana y de la espiritualidad de las congregaciones que justifica la misión. Es esencial el fondo motivacional-espiritual de donde brota la misión y el estilo de llevarla a término, indispensables para garantizar la identidad cristiana y religiosa de las instituciones apostólicas, cuya dirección se encomienda con frecuencia a los laicos. No se trata evidentemente de una formación que tenga características de indoctrinación, sino de una formación en identidad-misión que favorezca la apropiación personal de parte de los laicos de la espiritualidad y la misión de la congregación.

Compartir misión conlleva compartir responsabilidades, que en ocasiones pueden consistir en asumir responsabilidades de dirección en las instituciones. Pero desde la misión compartida estas responsabilidades no pueden convertir a los laicos en simples gestores neutros de las obras de los religiosos, a los que se les pide que sean buenos profesionales. Hay que dotar de significación apostólica las responsabilidades que encomendamos a los laicos; de lo contrario no estamos compartiendo misión, sino pidiendo una simple sustitución o, a lo más, una estrecha colaboración. Dotar de significación apostólica a la misión y hacérselo saber. Son rostro de la institución religiosa y eclesial. Los laicos en estas situaciones reciben, en el más estricto sentido, misión, y responden de ella ante la congregación, como cualquier religioso o religiosa⁴.

Muy unido a lo anterior, los laicos deberían compartir los procesos de discernimiento que afecten a los objetivos y al desarrollo de la misión concreta en una determinada obra, aportando desde su perspectiva laical una genuina riqueza complementaria a la que aportan los religiosos. En los procesos de crecimiento de la misión compartida, todo aquello que signifique promover la reflexión común de laicos y religiosos sobre la misión será de provecho y hará crecer el verdadero compartir.

4 Cf. F. J. Ruiz, “Misión compartida. Un camino eclesial de encuentro entre el laicado y la Vida Religiosa”: *CONFER* 52, n° 197 (2013) 97.

El compartir tiene también una dimensión humana. Los laicos y los religiosos no solo se reconocen juntos en el marco de las planificaciones o el discernimiento de la misión. El compartir es algo más: es también un entretrejo de afectos que favorece una mutua confianza, al estilo de los discípulos de Jesús que vivieron una aventura divina, pero también humana, donde compartieron vida y amistad. La misión compartida no es solo trabajo sino también relación personal, no solo palabras sino silencio y oración, no solo acción sino también contemplación. Es necesario cultivar el estar juntos sin agendas, sin proyectos, sin planes concretos. La familia de los laicos y la comunidad de los religiosos no puede quedarse fuera del compartir la misión. Se camina juntos y se alimentan de una misma fuente que se les ha concedido gratuitamente: el carisma congregacional que fortalece la fe y da sentido a la misión.

Otear el futuro

Nuestra cultura es "presentista", y nos amenaza con olvidar el pasado y no preocuparnos del porvenir. Sin embargo, la acción de gracias por tanto bien recibido forma parte del reconocimiento del amor de Dios a nuestras vidas; y el escudriñar el futuro es siempre expresión de la confianza en el Señor de la historia y en la sabiduría de su Espíritu que nos invita a buscar en el discernimiento su voluntad; el Señor nos ha hablado en el pasado, nos habla hoy y confiamos que continuará en el futuro manteniendo su deseo de comunicarse con el hombre. Por eso, si no se vive con gratitud el ayer y con pasión el presente, no se puede otear el futuro con esperanza y convicción. La misión compartida tendrá que vivirse en la tensión escatológica del Reino, porque nace como fruto del Espíritu que es novedad, y tiene a la misión como objetivo, y ésta tendrá siempre que estar atenta a las urgencias y a los cambios de la sociedad en la que ha de inculcarse.

La misión compartida es una gracia del Espíritu a su Iglesia que pone de manifiesto la riqueza de carismas con que el Señor la embellece y fortalece. Una de las mayores riquezas que aporta es la "comunidad"; cuando hablamos de "misión compartida" no hacemos referencia a una sola congregación, espontáneamente nos remitimos



a un horizonte más amplio, a la comunión de la intercongregacionalidad; que se convierte en una llamada a la comunión eclesial, para que abra el círculo y dé acogida al fruto de ese Espíritu que sopla como el viento, que no sabes de dónde viene ni a dónde va (cf. Jn 3,8) que ha engendrado los carismas de la vida consagrada y con ellos los de estos laicos. Están en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión, como afirma *Vita consecrata*, 3. Es una tarea no exenta de dificultades, tanto en la intercongregacionalidad como en la comunión eclesial. Y será aquí donde haya que poner decididamente más interés y creatividad para buscar fórmulas que respondan a las dificultades objetivas, y actitudes de bondad que rompan las posturas encriptadas. El papa Francisco ha preguntado en varias ocasiones y con diversas formulaciones “si privatizamos la Iglesia para el propio grupo”. La experiencia de estas Jornadas, con una presencia tan numerosa y variada de carismas, muestra que estos grupos de laicos se sienten Iglesia, más allá de su pertenencia a determinadas familias carismáticas. Pero este dinamismo tan evangélico estará siempre amenazado por nuestros egoísmos narcisistas colectivos, por lo que será un reto constante al que prestar especial atención.

En la Jornada anterior de 2014 tuvimos la oportunidad de tomar conciencia de la diversidad de campos apostólicos donde los laicos están presentes junto con los religiosos; desaparecía la idea de que la misión compartida se centra casi con exclusividad en la evangelización de la escuela. En un futuro que ya es presente, laicos y religiosos, y con frecuencia solo los laicos, tendrán que estar “con oído espabilado” (Is 50,4) atentos a la escucha del Espíritu para orientar la misión allí donde las urgencias son más lacerantes; disponibles para acoger los criterios y las orientaciones de la Iglesia para cambiar el modo de llevarla a término. *Evangelii gaudium* deberá ser libro de cabecera en la misión, como llamada a una conversión pastoral⁵.

La reflexión que hemos sugerido antes sobre la vocación como base de la misión compartida nos lleva a sugerir que en los procesos en que esta se inicia o desarrolla no debería faltar un serio discernimiento

5 Cf. M. J. GUEVARA LLAGUNO - D. M. MOLINA, a.c.

sobre la autenticidad de estas vocaciones; lo cual llevaría consigo que las congregaciones intentasen diseñar y hacer público, de alguna manera, un mapa de los distintos modelos como los laicos pueden colaborar con sus instituciones; ayudaría a no crear confusiones y a tener la posibilidad de explicar lo que implica compartir el carisma, la espiritualidad y la misión de la congregación, facilitando así la libertad de los que trabajan y colaboran en las instituciones, pero que no se sienten llamados a compartir el carisma, su espiritualidad y la misión entendida en su sentido fuerte. Desde esta perspectiva, y clarificadas bien en la vida ordinaria estas cuestiones, en el futuro, los laicos serán “promotores vocacionales” entre sus compañeros, por si sienten también ellos la llamada del Señor a vivir su fe y su compromiso cristiano desde esa concreta espiritualidad.

Un último apunte de cara al futuro. Será muy útil provocar una reflexión teológica sobre el carisma, la espiritualidad y la misión que tenga como sujetos y destinatarios a los miembros de la misión compartida, religiosos y laicos, no separadamente considerados, sino concebidos como un “nosotros”, en algún sentido inédito. No se trata, a mi entender, de buscar una nueva identidad, pero sí de clarificar la especificidad de la participación de ambos en el carisma y en la misión.

En el contexto de una sociedad cada vez más necesitada de Dios, de una Iglesia urgida por el papa Francisco a “salir” fuera de sus muros, para acercarse a toda clase de personas, cualquiera sea la frontera donde peregrinan, la “misión compartida” es una oportunidad del Espíritu para, con palabras del Papa, romper las paredes y abrir las ventanas demasiado cerradas y salir; entonces el corazón se nos llenará de rostros y de nombres (cf. *Evangelii gaudium*, 274).

III Encuentro (5 de marzo de 2016)

Es la tercera vez consecutiva en que nos encontramos en este mismo salón celebrando una “Jornada de laicos y religiosos en misión compartida”. Seguramente muchos de los que estáis aquí este año estuvisteis ya en 2014, cuando se iniciaron. Desde aquella ocasión nos

han acompañado siempre miembros de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar. En esta ocasión lo hace el Director del Secretariado de dicha Comisión, Don Antonio Cartagena. Don Carlos Osoro, Arzobispo de Madrid y Vicepresidente de la Conferencia Episcopal, que nos acompañó en las dos ediciones anteriores, estará también esta mañana con nosotros.

Gracias, Don Antonio, por su presencia y sus palabras, signo evidente del interés de la Comisión Episcopal, que representa, por todo lo que significa evangelizar, proclamar el anuncio de Jesucristo, e incorporar a esta tarea eclesial a los laicos. Porque esto es lo que nos convoca en estas Jornadas: la misión; el envío de Jesús a anunciar la Buena Noticia al mundo y la sociedad de hoy. Un envío que está precedido de una llamada, de una vocación, y en este caso se pone de relieve la llamada conciliar al laicado a que tome “parte activa, consciente y responsable en la misión de la Iglesia” (ChL 3).

No podrá extrañar que hayamos querido abrir esta Jornada con una ponencia teológica que pretende profundizar en la vocación laical en la Iglesia; es la realidad fundamental para entender en su justa significación la acción evangelizadora que desde hace ya años denominamos “misión compartida”. *¿Qué laicado para qué “misión compartida”?* será la ponencia que desarrollará el P. Diego Molina. Pretendemos con ella responder a algunas preguntas que están en la base de la “misión compartida”: *¿Tiene una especificidad peculiar en la Iglesia la vocación de los laicos comprometidos en la “misión compartida”?* *¿Se puede hablar de un significado particular por realizar su misión desde el compartir el carisma y la espiritualidad de las familias religiosas?* Estos eran algunos de los interrogantes que, necesitados de respuesta, nos planteábamos el año pasado, cuando reflexionábamos sobre los retos y desafíos del futuro.

Era justo, pues, recoger estos interrogantes para iniciar la reflexión de esta Jornada, y continuar así avanzando en la dirección apuntada. Efectivamente, el año pasado tuvimos especial interés en reflexionar, evaluar y proyectar sobre tres temas que nos afectan de manera particular: *misión, compartir, futuro*. Los seiscientos participantes trabajaron toda la Jornada en grupos reflexionando y evaluando qué entendíamos y cómo

vivíamos la misión; pero una misión que no puede no ser “compartida”, porque no es nuestra, sino de Jesucristo y de la Iglesia; una misión que nace del don gratuito de la vocación laical y de la de especial consagración, que se nos ha regalado a laicos y religiosos. Llegábamos a la conclusión de que en la misión convergen la especificidad del laicado y la peculiaridad de los consagrados; que no son grupos que compiten en el espacio de la misión, sino que se constituyen en realidades que convergen, que son complementarias y que, en consecuencia, enriquecen la comunión eclesial; “misión compartida” no es, en modo alguno, espacio unívoco, sino ámbito de diversidad y complementariedad apostólicas, que surgen de las diferentes vocaciones. El Concilio afirma que “en la Iglesia hay variedad de ministerios, pero unidad de misión” (AA 2). Os recuerdo una frase con la que resumíamos la entraña de la “misión compartida”: dos vocaciones: laical y de especial consagración; un envío: evangelizar; un actor: el Espíritu; un horizonte: el mundo.

Pero desde esta constatación fundamental, la vocación, es necesario llevar más allá la reflexión sobre su fundamentación teológica, y discernir cómo vivir esta convergencia y complementariedad que hacen posible, pastoral y existencialmente, la misión que laicos y religiosos compartimos. Ya en la Jornada anterior se apuntó una respuesta: estamos viviendo en nuestros días una llamada del Espíritu a compartir, laicos y consagrados, los carismas fundacionales de cada familia religiosa y la espiritualidad que de ella se deriva. Pero nos quedamos en una prometedora enunciación, que abría la puerta a una necesaria clarificación y un desarrollo posterior. Por otra parte, advertimos con agrado que es ya una realidad que se está viviendo y experimentando en no pocas familias carismáticas, y sobre la que también se ha reflexionado y escrito. Pero era necesario profundizarla en común, compartir y examinar las experiencias, y hacer extensiva esta convicción a los procesos en curso de “misión compartida” en bastante familias religiosas. En definitiva, llevar a todos el convencimiento de la necesaria formación en estos aspectos esenciales. Ayudarnos todos con la experiencia de todos, para que sea una experiencia fundada y discernida.

Nos proponíamos, pues, como un reto que urgía afrontar, teológica y experiencialmente, una reflexión común sobre el carisma, la

espiritualidad y la misión, considerándolos como un todo, íntimamente integrados; cuyo sujeto fueran los agentes apostólicos de la “misión compartida”: los laicos y religiosos; pero no separadamente, sino como un “nosotros”, en un sentido inédito. Cuidando bien de no proyectar en cada grupo una nueva identidad, sustituyendo o disolviendo la anterior, sino enriqueciendo su especificidad propia, laical y de especial consagración, al compartir los mismos carismas y la misma espiritualidad; de este modo, quedaba fundado armónicamente el sentido y la realidad de la “misión compartida”.

Aunque en cada edición de estas Jornadas ha sido importante la presencia de religiosos y religiosas, el equipo coordinador entendió desde el inicio que esta vez era, si cabía, más importante, casi indispensable diría yo, una presencia cualificada de consagrados, dado que el tema propuesto de la formación para compartir carisma y espiritualidad les afecta muy especialmente. Nos planteamos la necesidad de compartir “algo”, “carismas y espiritualidad”, que hasta hace no mucho se presumía de propiedad privada, por así decir, de las congregaciones religiosas. Estamos muy contentos y agradecidos por la amplia representación de los Institutos religiosos que han dado respuesta a este deseo. Lo que compartiremos será –debería ser– un punto de partida para profundizar la formación conjunta de religiosos y laicos en el contenido, en la vivencia y en el cómo compartir “carisma” y “espiritualidad”.

Compartir carismas y espiritualidad para compartir misión

El programa de la Jornada contempla que la segunda parte de esta mañana la emplearemos en presentar el por qué y el para qué compartir carisma y espiritualidad. Trataremos de profundizar que no es posible compartir misión sin compartir en las familias religiosas su carisma y su espiritualidad.

Compartir los carismas y la espiritualidad confiere la posibilidad de que la “misión compartida” sea algo más que un trabajo o una tarea que los laicos realizan junto a los religiosos como colaboradores,

voluntarios, simpatizantes, con o sin un contrato laboral. La "misión compartida" no es una simple tarea compartida, sino la realización de un proyecto evangelizador, eclesial, basado en una llamada del Espíritu a los laicos a vivir su fe, su vocación cristiana, su compromiso misionero, su responsabilidad eclesial desde un carisma y una espiritualidad que han nacido en una familia religiosa; un carisma fundacional que originariamente había sido concedido para ser vivido, en la comunión de la Iglesia, desde una vocación de especial consagración; y desde el cual y por la fuerza de su espíritu cada Instituto religioso realizaba su misión, su peculiar tarea evangelizadora. Cada carisma fundacional supone un modo de dar respuesta y realizar la misión, imitando, reproduciendo una faceta de la vida de Jesús. El papa Francisco dice en *Evangelii gaudium* que el carisma permite al que lo posee "reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión" y vivirse como *misión* (cf. EG 273).

Hoy la fidelidad creativa al Espíritu y la aprobación de la Iglesia empujan a que esos carismas fundacionales no sean propiedad exclusiva de un grupo de religiosos o religiosas, sino que puedan alargarse y *marcar* también a laicos y laicas que se sienten llamados a vivir su fe y a realizar su misión desde ellos. Así el carisma fundacional amplía su círculo de influencia carismática; aunque lo importante no es la influencia numérica, sino el especificar a una vocación laical el modo de vivir el seguimiento a Jesús y el modo de realizar la misión; por eso, en ningún caso debería llevar a debilitar o diluir su manera laical de realizar la misión en la Iglesia. Se enriquecen las respuestas a la misión, y el carisma, con frecuencia, también se enriquece al integrar en su totalidad la peculiaridad de una vivencia laical del mismo. Se vive así la propia identidad como riqueza para el conjunto de la "misión compartida".

Lo dicho hasta aquí se puede aplicar a la espiritualidad. Como oiremos esta mañana, se trata de una espiritualidad entendida como un modo singular de acercarse al evangelio y de mirar al mundo para anunciarle la buena noticia de Jesús; fortaleza del carisma para llevar adelante la misión y alimento para todos los que la comparten, en cuanto abarca el modo de relacionarnos con Dios en la oración. La



vivencia de una espiritualidad, nacida al calor de un carisma fundacional, favorece el compartir un proyecto evangelizador con otros laicos y religiosos.

Viviremos una misma espiritualidad con acentos diversos; los religiosos acentuando el aspecto escatológico de consagración y profecía propio de su vocación, y los laicos en la “secularidad” que recuerda que la encarnación nos compromete con el mundo y nos invita a reconocer los valores propios de la creación, de la humanidad y de las culturas.

Pero somos conscientes de que se hacen necesarios unos modelos formativos específicos o compartidos por ambos que aseguren una clarificación y reflexión sobre las claves de la espiritualidad derivada de los diversos carismas. La tarde de hoy será dedicada a presentar algunas experiencias de estos caminos que ya se están recorriendo; será una ayuda para animar a muchos a iniciar o proseguir estas experiencias.

Quisiéramos, con la ayuda del Espíritu, que esta Jornada facilitara el abrirnos todos, laicos y religiosos, a este horizonte que el Espíritu nos está ofreciendo como llamada; a enriquecer nuestras vocaciones e identidades propias, a contar con unas mediaciones que ayudan a fortalecer la fe y superar las dificultades actuales de la misión. Que sirva también para entender más y mejor la “misión compartida” a extender su ámbito de presencia, a disolver nudos y superar prejuicios, a conjurar el peligro de disolver la identidad propia de cada vocación y, en fin, crear comunión eclesial que hace creíble el anuncio del evangelio, según el deseo del Señor: que sean uno para que el mundo crea.

